

En la Playa

¡MALDITA ESCUELA!

La lluvia persistente y tenaz me ha privado, por unos días, de los gozes purísimos que gusta mi espíritu, cuando paseando junto al mar, en esta playa que ya me conoce, me entretengo en dialogar con todo cuanto me rodea: con las olas y los montes, con las flores y las brisas, con las aves y los astros.

En una de esas lluviosas tardes, que me obligó a desistir de mi paseo favorito, me dirigí a casa de Enrique; simpático joven al que profeso, hace años, acendrado cariño; pues en su niñez, descansó más de una vez sobre mis rodillas, alegrándome con sus charlas infantiles.

¡Pobre Enrique! Los veinte años de su vida habíanse deslizado hasta el presente, sin que en el límpido cielo de su corazón apareciera una nube. Enamorado del trabajo, fidelísimo en el cumplimiento de sus deberes, de noble corazón y alma diáfana, además de crearse una posición desahogada que le asegura brillante porvenir; ha sabido captarse las simpatías de cuantos le conocen, quienes a porfía se disputan su leal y franca amistad.

Por lo mismo, no acierto a explicarme la incalificable traición de Rosa, esa ingrata que ha tronchado en flor las ilusiones y esperanza del amable joven; precisamente cuando no había de tardar en celebrarse la boda.

Enrique la amaba con el amor sincero de su noble y transparente corazón, incapaz de fingir ni engañar. Y como se creía correspondido por ella con la misma nobleza y lealtad, al enterarse de la fuga de Rosa, ha quedado en ese estado de aturdimiento y postración que se apodera del hombre, cuando ve deshojarse una por una las flores de su felicidad y de su dicha.

Llegué a su casa, y subí, como siempre, sin anunciarme hasta su habitación. Más que sentado hallábase el pobre joven desplomado sobre el sillón, con la frente entre las manos, la vista en el suelo, fijo y aferrado su pensamiento, al parecer, en una sola idea: en la traición y fuga de Rosa.

¡Enrique!—exclamé después de contemplarlo un momento—Pero, hombre no me has sentido? en qué piensas? ¡Vaya una actitud meditabunda la tuya!

—¡Hola! ¿eres tú?—contesta levantándose rápido—Te esperaba. Ya ves; aquí estoy... ¡Ah! tenías razón... ¿Quién había de decir...? ¡Ella! ¡Si

te hubiera hecho caso... Ya es tarde: no hay remedio... ¡Traidora! ¡Ingrata!

Y sin decir más, y sin ofrecerme asiento, se deja caer de nuevo sobre la silla, excitado, nervioso, convulso. Me causa lástima.

Calma, Enrique, calma. ¡Vaya un valor el de esta juventud! Cualquiera diría que con la desaparición de esa infeliz se te viene el mundo encima. ¡Vamos, hombre! ni que hubieras perdido algún tesoro.

—¿Y te parece poco ver marchitas mis ilusiones, por tierra mis proyectos, y traicionado mi amor? Todas mis esperanzas las había cifrado en ella. Lo sabes muy bien.

Y sé también que si esa desgraciada, en la que todo lo habías cifrado, hubiera sido digna de tí, tendría alguna justificación tu sentimiento. Pero, no; Enrique: Rosa no era digna de tí; no lo ha sido nunca: no te merecía.

—Por favor: explícate mejor. Te lo exijo. ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué habías así?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Tú, a quien tantas veces he hablado sobre lo mismo, asegurándote que la conducta de Rosa dejaba mucho que desear, y que me hacía pensar en un desenlace fatal? Recuerda, Enrique, que más de una vez te he dicho que la mirada de Rosa me causaba miedo. Sus ojos arrogantes, atrevidos, retadores, resistían sin pestañar las miradas de cualquier hombre, del más desconocido y sospechoso; clavándose en él firmemente, codiciosamente; sin bajar nunca la vista, como lo exige la modestia, en una joven de su edad, ante la mirada insistente de un desvergonzado. En esos ojos descarados, anzuelo de tu inexperto corazón, he vislumbrado siempre el corazón de Rosa, negro como la noche, frío como una tumba, abierto a todo menos a la ternura, albergue de todos los sentimientos menos de los puros, elevados y nobles: un corazón que antes de amar había de profanar el amor; porque, créeme, Enrique: esa infeliz no sabrá dar culto sino a los amores degradados, corrompidos putrefactos. Además, la colección de obscenidades que en forma de novelas han constituido su recreo y distracción favorita, no podían menos de producir los mortíferos efectos que hoy lamentamos. Recuerdo haberte oído decir que en varias ocasiones indicaste a Rosa el

peligro de tan inmundas lecturas; y que ella por toda contestación te dirigió una sonrisa, entre despectiva y burlesca, tratándote de ignorante y retrógado. No es esto sólo. Su madre, esa santa mujer que hoy llora inconsolable, trató de apartar a su hija de ese camino de perdición; pero todo fué inútil. La hija sin entrañas se revolvió airada, sin obediencia, sin respeto; llegando hasta a hacer llorar a su madre, mientras ella permanecía indiferente, fría, glacial. Recuerda por último el día en que, según me contaste, yendo de paseo con Rosa, al sacar ella de la bolsa de mano el diminuto pañuelo, cayó una carta al suelo. Quisiste recogerla, pero abalanzándose rápidamente, ella la estiró en sus manos, agitada y nerviosa. Le preguntaste quién le había escrito, y te contestó altanera que nada te importaba saberlo. Insististe tú con energía; y te dijo con hipócrita y melosa coquetería que la carta era de un primo suyo que vivía en provincias. Dudaste al principio; pero al fin, con una inocencia rayana en tontería, tuviste la debilidad de creela. Ya ves quién ha resultado ser el anónimo primo: el infame joven que se ha fugado con ella; ese traidor que mientras te llamaba amigo, hundía en tu corazón el puñal de la desgracia.

Dime ahora, Enrique: Rosa, esa desgraciada ¿era digna de tu leal y sincero amor?

¡¡No!! ¡Nunca!—clama Enrique, saltando de su asiento—Tienes razón: es indigna de mí. No me merece. Desde este instante no me rebajaré a dedicarle un recuerdo, un pensamiento. Todo ha terminado. Rosa ha muerto en mi corazón y en mi memoria. Rosa no existe para mí.

—¡Bravo! Enrique. Así me gustas: consecuente, celoso de tu honor, digno, decidido, valiente. Pero, es necesario que tampoco sientas el haberla perdido. No olvides que era indigna de tí, aún antes de su descarada fuga.

—No lo olvidaré; y te agradezco me hayas hablado claramente. Lo que sí siento es la desgracia de su fama, sobre todo el desconsuelo de su madre. En cuanto a su padre...

—Bien, Enrique: es ya tarde. Mañana hablaremos de eso de los detalles de la fuga. Adios.

—Adios.

(Concluirá)

EL SOLITARIO.